

Llega á alcanzar la fama, que el estudio
De gruesos tomos, fiera catadura
Y lúgubre vestido le atrajeron,
Bien puede en ocio vil pasar los días,
Y en torpe languidez tranquilas horas.
Ya manda con imperio, y su dominio
Ejerce sobre el vulgo de ignorantes,
De cuyo afán é industria, sosegado,
Recibe los tributos que á su ciencia
Y á su saber profundo son debidos:
Ya si se ve la patria acometida
De un tirano opresor, seguro el sabio
Se recoge á su hogar, y allí en sosiego,
Y sin temor de súbitas heridas,
Los ejércitos manda, y á su agrado
Dispone las batallas; que exponerse
Ante la hueste armada á ver perdido
En breve espacio el dilatado estudio,
Fuera grande impiedad. La necia sangre
Derrámese en buen hora; á necias manos
Las armas pertenecen, que á los sabios
(Exclaman altamente) ilustrar sólo
Conviene con las útiles doctrinas
Al mundo todo, y la verdad mostrarle.
Mas ¡ay! si la verdad, oscurecida
Por impios dogmas, su brillante lumbré
Pálida torna, y lángido su influjo
Al mortal llega, cual por densa nube
Pasa trémulo el rayo, que otras veces
Alentó el campo y fecundó su seno:
Impune entonces el error se esparce
En vanas formas, y la vista débil
Del hombre turba, que en la espesa sombra
Solo y sin luz al precipicio guía
Sus inciertas pisadas. ¡Quién la senda
Le mostrará, si el que debiera entonces
La mano darle, tímido se oculta,
O envuelto yace en la comun ruina?
No es dado más á la mezquina turba,
Que del saber el nombre y puesto ocupa.
¡Cuál hado, ó cuál espíritu en su enojo
Domina al mundo con infandas leyes?
En torno de la tierra la ignorancia
Revuela, y de sus alas ponzoñoso
Licor esparce, y en sopor maligno
Detiene á los mortales, cuyos ojos,
Errantes y turbados, en su daño
Su dicha ven. El denegrido rostro
De falsa luz rodea, y colocando
Su inmundo pié sobre las santas aras
De la sabiduría, el sacro incienso
Recibe; y á su sombra defendiendo
La turba vil de sus adoradores,
Con ellos parte su dominio, y gime
El mundo ya cautivo en sus cadenas.

Mas ¡ah! señor, que un fausto y feliz día
Se anuncia ya á las ciencias, y no en vano
Gozas el premio á tu saber debido.
De tí esperan venganza á sus agravios
Las injuriadas musas, y á tí solo
Fian su honor. ¡Y á quién mejor pudieran
Fiarlo si no á tí, que sus altares
De aves inmundas, y nocturnos buhos
Con mano victoriosa defendiste?
A tí, á quien sus misterios soberanos
Jamás ocultos fueron, el castigo
Reservan de su injuria. Sí, ya el tiempo
Se llega, en que á sus aras, no manchadas
Con vil ofrenda, sin temor se acerque
Gloriosa tropa, que con manos puras
Queme el sagrado incienso, que otras veces
Se ofreció ante un inmundo simulacro.
Del elevado trono en que se ostenta,
Arroje la ignorancia, y sus secnaces,
Desnudos ya del engañoso brillo,
Mofa sean del pueblo, que otro tiempo
Se rindió ante sus plantas temeroso.
¡Oh, venga el día, día deseado,
En que su gloria el Helicon te aclame,
Y su esclarecedor el mundo todo!

COMPOSICIONES VARIAS.

I.

CANCION DE LA ALBORADA.

Traducción libre de Gésner.

Salve ¡oh temprana y sonrosada aurora!
Salve ¡oh cándido día!
Ya tu serena luz el cielo dora
Tras la montaña umbría.
Ya vibrando en las aguas fugitivas
De la undosa cascada,
La tierna hierba de centellas vivas
Deja toda esmaltada.

Tiembla sobre las hojas el rocío
Ante el naciente rayo,
Cobra el verdor del valle nuevo brío,
Vuelto de su desmayo.

Céfiro que dormía entre las flores,
Despierta, y bullicioso
Llama á los venticillos voladores
De su lecho oloroso.

Trisca la leve tropa. Cuál se mece
En las flores vecinas,
Cuál vuela hasta do el prado se florece
De lirio y clavellinas.

Los sueños engañosos revolando
Entre la niebla oscura,
Con ella hácia occidente en denso bando
Huyen de la luz pura.

Así, volando en torno á mi querida,
Enjambres de amorcillos
Se enlazan de la trenza desparcida
En los rubios anillos.

Céfiros ¡ah! volad, volad ligeros,
Y á la cabaña agora
Llegad, jugueteando placenteros,
Do duerme mi pastora.

Llevad en mil esencias olorosas
Las alitas mojadas,
Y en sus mejillas de jazmin y rosa
Dejadlas derramadas.

Girad en derredor del blando lecho,
Y entre juegos lascivos
Leves posad en su nevado pecho,
Y en sus labios esquivos.

Y en despertando la zagala mía,
Susurrad al oído,
Cual junto á la cascada ántes del día
Su nombre he repetido.

II.

UNA TORMENTA NOCTURNA EN ALTA MAR.

SILVA.

¡Gran Dios, gran Dios, qué miro!
El sol se sumergió, y el negro velo
Desarrolló la noche sobre el cielo;
Mas con plácido giro
Una hueste de estrellas se derrama
Por la ancha faz del alto firmamento.
¡Cuál reverbera la gloriosa llama
Del gran Señor del día! (1)

Cuál, rayos no prestados
Por las regiones del espacio envía (2).
¡Oh Dios, y qué soy yo! Punto invisible
Entre tanta grandeza:

Aquí sentado sobre un mar terrible,
Tiemblo al ver su fiereza.

No há mucho, oh mar, que te miré halagüeño
Con bonancible y plácido reposo,
Bullendo en risa amable,
Juguetear con este enorme leño.
¡Traidor, ¡oh! quién juzgára

(1) Los planetas.
(2) Las estrellas fijas.

Que tu favor no fuese más estable!
¡Por qué mudas color? ¡Por qué oscureces
El espejo grandioso en que miraba
El estrellado cielo su hermosura?
¡Tan presto ¡ay de mí! acaba
De un plácido entusiasmo la dulzura!
Embebecido ¡oh Dios! cuando contemplo,

En religiosa calma,
Esta tu habitacion, tu eterno templo,
A tu trono inmortal vuela mi alma.

¡Oh! si del bien supremo
Pudiese aquí mirar la no turbada
Imágen, y gozarme en su belleza!
Mas de uno al otro extremo

Del planeta inferior en que resido,
El mal hace su nido,
Y por él agitada
La gran naturaleza,

Parece apetecer su antigua nada.
¡Oh, cómo gime el viento!
Con lúgubre concierto agudas voces
Parecen lamentarse entre las velas,
Y estremecer sus telas

Con perpétuo temblor, aunque veloces
A escapar se apresuran.
¡Oh, cuán mal aseguran
Los marineros sus desnudas plantas!
Al cielo te levantas

Y bajas al abismo, oh frágil nave,
Cuál leve pluma, ó cuál peñasco grave.
¡Por qué no busco asilo
En el estrecho y congojoso seno
Del cerrado navío!.....

Nó; rompa aquí, si quiere, el débil hilo
De mi vida la suerte:
No me arredra la muerte,
Mas si viniere, ¡oh Dios! en tí confío.

¡Por qué temer? ¡No estás en la tormenta
Lo mismo que en la calma más tranquila?
La nube, que destila
Aljófara, en presencia de la aurora,
No es tuya, como aquesta que amedrenta
Con su espesor mi nave voladora?

¡Y qué es morir? Volver al quieto seno
De la madre comun de tí amparado;
O bien me abisme en el profundo cieno
De este mar alterado;

O yazga bajo el césped y sus flores,
Donde en la primavera
Cantan las avecillas sus amores.
Oh traidores recuerdos que desecho,
De paz, de amor, de maternal ternura,
No interrumpais la cura

Que el infortunio comenzó en mi pecho!
¡Imágen de la amada madre mía,
Retírate de aquí, no me derritas
El corazón que he menester de acero,
En el amargo día

De angustia y pena, que azorado espero.
¡Tú, imágen de mi padre, que me irritas
A contender con el furor del hado,
Consérvate á mi lado!
Que aunque monstruo voraz el mar profundo
Me sepultare en su interior inmundo,
Contigo el alma volará hácia el cielo,
Libre y exenta de este mortal velo.

Liverpool, 15 de Noviembre de 1839.

III.

CANCION (1).

¡Oh! ¡qué anhelar es este que me inspira?
¡Qué agitacion, qué dulce y puro ardor!
Sin yo querer resuena ya mi lira,
Sin yo querer al aire doy mi voz.

Nunca esperé que don tan noble el cielo
Diérame á mí sin pena ni afanar;
Supo el amor mi cuita, y rasgó el velo,
Vi un mar de luz, y en él miradme ya.

¡Dichosa yo! Con alas venturosas
Penetraré donde reside el bien,
Coronaré con inmortales rosas
De eterno olor la enardecida sien.

No más temer, no más dudar, me siento
Del suelo alzar, cercada de esplendor;
Tímida fui; pero de hoy más mi acento
Será el clarín del bien y del honor.

IV.

LA CANTORA.

SEGUIDILLAS (2).

1.

Me dicen que los ecos
De mis canciones,
Pondrán luégo á mis plantas
Mil corazones.

No quiera el cielo
Tengan en mí sus dones
Tan vil empleo.

2.

No quiero aduladores:
La ambicion mía
Es propagar la llama
Que en mí respira.
Llantos no quiero;
Valor, virtud, franqueza
Ganen mi pecho.

(1) De la novela de Blanco *La Huérfana Española en Inglaterra*.
(2) De la misma novela.

DON JOSÉ VICENTE ALONSO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Ávila el año de 1775, y fué bautizado en la parroquia de San Vicente. Sus padres fueron don Vicente Alonso y García y doña Petronila Montejo. En edad temprana pasó á Granada, donde alentado por la proteccion y amistad que le dispensaba el obispo señor Moscoso, siguió sus estudios jurídicos y literarios, dando de sí favorable concepto.

En 31 de Mayo de 1794 recibió la borla de doctor en derecho civil en la universidad de aque-

lla ciudad. En el año siguiente fué nombrado por el claustro de la misma universidad sustituto de la cátedra de la Academia de Vísperas de derecho civil; y más adelante, en 1807, regente de la cátedra de economía política.

Ya en 21 de Mayo de 1798 se había recibido de abogado de la Chancillería de Granada en su Real Acuerdo; y en 1802 se le confirió en propiedad la relatoría del mismo Real Acuerdo. En 1811, por haber quedado sin ejercicio la relatoría del Real Acuerdo que ejercía, hizo oposición á otra civil del mismo Tribunal, y la obtuvo, como la anterior, con general aplauso. La Real Academia Latina Matritense le nombró socio de número en 13 de Abril de 1817 (1). Se casó dos veces; y la familia, las letras y el dulce trato de amigos sinceros, que estimaban sus nobles prendas y admiraban su claro y donairoso ingenio, hicieron su vida útil y venturosa.

Escribió muchos versos líricos, según el gusto dominante en su época, y algunas obras dramáticas: *El Celoso corregido*, zarzuela bufa en dos actos, que fué representada por primera vez en Granada el 22 de Octubre de 1818, con música del maestro don Francisco García de Valladar; *El amor y la lealtad*, paso, con música y baile, compuesto para celebrar el casamiento del rey don Fernando VII con la princesa doña Isabel de Braganza; y el agudo y popular sainete *Pancho y Mendrugo*. Tradujo del francés, en prosa, una comedia en cinco actos, *Cárlos y Carolina*; en asonante endecasílabo, la tragedia, de Colardeau, *Astarbé*; y en tercetos, la famosa elegía inglesa, de Gray, *The Country Church-Yard*. Publicó sus primeras poesías en *El Mensajero*, periódico literario, que se publicó en Granada en los últimos años del siglo XVIII.

Las obras que le granjearon más fama son: un poema en sesenta y siete octavas, *La horrible venganza*, cuyo asunto es verdaderamente singular y escabroso; y el sainete *Pancho y Mendrugo*.

Falleció Alonso en Granada el 25 de Junio de 1841. Los literatos granadinos publicaron para honrar su nombre una *Ofrenda poética*.

(1) Constan estos datos biográficos en los papeles que conservan en Granada los hijos de DON JOSÉ VICENTE ALONSO.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

El Amor desagradecido.

Al Amor encontré cierto día
En cazador astuto transformado,
Y al parecer venía tan cansado,
Que el arco apenas sostener podía.
Todo cubierto de sudor venía,
Flojo el vestido, el pecho destapado,
Y aunque el agua buscaba sofocado,
Ni fuente encuentra, ni arroyuelo había.
Yo le ofrecí piadoso el llanto mío,
Que si ardiendo le brota el dolor fiero,
No regaba los montes otro río.
Pero él entonces, duro y altanero,
Tirando un dardo, con furor impío,
Tu sangre, dijo, no tu llanto quiero.

II.

La triste imaginación.

En esa horrible fosa, á que algún día
Mi cuerpo, ya del alma despojado,
Para no más volver, será llevado,
Entro con mi caliente fantasía.
¡Ya se empieza á podrir la carne mía!
¡Ya me roe el gusano el hueso helado!
¡Ya me reduzo á polvo! ¡Oh tiempo osado!

¡Ya nada soy de lo que ser solía!
Triste silencio, olvido tenebroso,
Perpétua noche, náusea, hedor inmundito
Allí están, y el espanto pavoroso....
Pero este pensamiento tan profundo
Nada puede conmigo, pues gozoso
Sigo mis necesidades en el mundo.

III.

La audiencia del Amor.

La audiencia el ciego Amor abierto había,
Según la usanza de su corte vana,
Y en sus puertas de hierro estaba ufana
La horrenda guardia que á su voz servía.
Su sálito el ciego dios allí tenía
Sobre un montón de flechas; é inhumana
Por servirle la muerte allí se afana,
El suspiro, el lamento y la agonía.
Triste á su vista llego y prisionero,
Y así que aquel soberbio me apercibe,
Un grito dió desesperado y fiero.
Y abriendo el labio do la rabia vive,
Pruebe éste, dijo, mi rigor severo....
Y el hado en mármol el decreto escribe.

IV.

El poder del tiempo.

Tus placeres huyendo ¡oh vulgo insano!
Corro á las soledades de contino,

Sensible luégo de otro se enamora;
Yo con la edad llegué á sentir el peso
De la ardiente pasión que me devora.
Entre desdenes la amo con exceso;
Ella de mi pasión se olvida ahora,
Y yo áun me acuerdo de su dulce beso.

IX.

A Tirsa indiferente.

Preso por Tirsa en delicioso encanto,
Amor la sigue donde el paso gira;
Habla, si ella habla, Amor; calla, suspira,
Y por vivir en ella puede tanto.
Le enseña Amor sus gracias y su canto,
Y si se enciende en compasión ó en ira,
Inseparable, Amor, siempre se mira
Presidiendo sus ceños ó su llanto.
Cuando del baile ostenta los primores,
Sus piés agita Amor, ó los detiene
Cual mueve alegre el céfiro las flores:
Amor, en frente y ojos se entretiene;
Sus cabellos y labios son amores;
Sólo en el corazón amor no tiene.

X.

La comparación.

Ninfas de estos alegres alrededores
Que tan altivas presumis de hermosas,
Que el cuerpo ornais con telas primorosas,
Y el cabello con lazos y con flores.
Sabed que Tirsa, Tirsa, mis amores,
No usa de esas cautelas engañosas,
Y que os vencen sus gracias milagrosas
Como á la estrella el sol con sus fulgores.
Cual la fresca azucena que florece
Por la madre natura cultivada,
Así de Tirsa la hermosura crece:
No es tan bella la luz de la alborada
Como Tirsa gentil cuando aparece
A mis ojos de léjos destocada.

XI.

La mudanza.

Quien espera lograr firme ventura
En pecho femenino, ¡qué loco espera!
Pues cuando más feliz se considera,
Halla entonces la fe menos segura.
Hija del mar al fin es la hermosura,
Como él, ora se amansa, ora se altera,
Sin ser más vária en la celeste esfera
La que muda tres veces la figura.
El desengaño que este aviso inspira
No es un secreto que revelo ahora,
Es ya desórden con que el tiempo gira;
Porque en el pecho de quien ciego adora,
Si el gusto así que nace luégo espira,
Jamás la desventura se mejora.

XII.

La moderación en los deseos.

Ansioso corra el mar el navegante
Por engrosar sus lucros y su hacienda;
Quede muerto el soldado en la contienda
Por dejar de valor prueba bastante:
Mausoleos y pórticos levante
Quien la lisonja quiera que le atienda;
El rey grandes ejércitos extienda
Por conquistar la tierra más distante.
Trabaje, en fin, por tierra y mar profundo
La loca gente con codicia extraña,
Que en mi sola pobreza yo me fundo:
Ya la mayor ventura no me engaña,
Sea á todos pequeño el ancho mundo,
Que yo quepo muy bien en en mi cabaña.

Y con el pensamiento allí examino
Los imperios y el tiempo más lejano.
Del asirio y el persa busco en vano
Los vastos pueblos que tragó el destino,
Pasó el griego esplendor, y encuentra el tino
Rastros apenas del poder romano.
Nino, Ciro, Alejandro presurosos
Dad al tiempo voraz duro castigo,
¡En dónde estais, oh Césares gloriosos?
Polvo se han vuelto; en vano me fatigo:
Si lleva al Létes héroes poderosos
El tiempo destructor, ¿qué hará conmigo?

V.

El rigor.

Si intentas con engaños industriosa,
Ser conmigo críel, fiera homicida,
¿De qué sirve el ardid contra mi vida,
Cuando puedes matarme por hermosa?
Si me muestras tu cara primorosa,
La muerte harás que sea apetecida,
Si con cautela hieres escondida,
Es acción de asesino vergonzosa.
Puedes matarme más seguramente
Mostrándome tu angélica figura,
Sin juntar lo cobarde á lo inclemente.
Pero es tan sin igual mi desventura,
Que porque tu rigor un triunfo aumente,
Niegas una victoria á la hermosura.

VI.

A Lucrecia.

Hiere á Lucrecia su puñal violento,
Y dando ejemplo de constancia al mundo,
Ejecuta en el pecho sin segundo
De heroica acción honrado atrevimiento.
Parece que bastaba su tormento
Para causarle golpe más profundo;
Mas no pudo con ánimo iracundo
Esperar la matase el sentimiento.
Abre la horrenda herida, porque quiere
La injuria redimir; y ántes que clame
La ofensa del esposo, honrada muere.
Nadie críel por esta acción la llame;
Heróica fué Lucrecia, pues prefiere
La muerte con honor á vida infame.

VII.

La respuesta del Amor.

Pregunté un día á Amor: ¿por qué entre tantos,
Como á su dura ley viven sujetos,
Producía tan varios los efectos:
Risas en unos, y en los otros llantos.
Unos sufren pesares y quebrantos
Porque ven mal pagados sus afectos;
Otros volubles, llenos de defectos,
Celebran mil trofeos en sus cantos?
Amor, que á mi pregunta estuvo atento,
Me dió con desenfado esta respuesta:
Yo doy al más amante más tormento.
Dijele: á la razón ley es opuesta;
Y él me responde, al irse por el viento,
Soy soberano, mi razón es ésta.

VIII.

La memoria.

Siendo yo tan pequeño todavía,
Que en inocentes juegos me ocupaba,
La belleza de Tirsa idolatraba,
Y diosa, no mujer, me parecía.
Dijela: yo te amo; y lo sentía
El corazón que por la lengua hablaba;
Y cuando con un beso me pagaba,
Aun no sabes de amores, me decía.

XIII.

Imprecación á la muerte.

¿Adónde estais, oh parcas venenosas,
Ensayando el furor? ¿Por qué insolentes
De ciudadanos fieles y valientes
Cortais las vidas caras y preciosas?
¿Cómo en triste viudez tantas esposas
En el mundo dejais indiferentes?
¿Cómo apartais los niños inocentes
De las maternas manos carifiosas?
Volvéos contra mí; vengad la suerte;
Abrevadme la hórrida partida,
Yo me sujeto á vuestra mano fuerte;
Pero ¡ay! qué imprecación tan mal oída:
Para la muerte de otros sobra muerte,
Y sobra en mí, para morir, la vida.

XIV.

El juramento inútil.

Quando me ató de amor el lazo estrecho,
La razon en mil yerros tropezando,
Juré que huyendo de su ruego blando,
Nunca más sobre mí tendría derecho.
Logré mi libertad, y ver deshecho
El duro lazo que me fué tramando,
Hasta que poco á poco fui notando
De nuevas llamas inflamarse el pecho.
Volviendo sobre mí, miré quebrada
La ligera promesa, á un blando ruego
Por mi mismo sin fe sacrificada;
Que juramentos contra el niño ciego
Son votos de tormenta ya pasada,
Que en la serenidad se olvidan luego.

XV.

El desengaño.

¿Quién, Alsino, eres tú? ¿Tu bajo estado
No te confunde, no te desengaña?
Cuál es tu hacienda, di, cuál tu cabaña?
Dónde están tus colmenas, tu ganado?
¿Qué has de ofrecer á Tírsea, confiado,
Si te oye alguna vez menos hurafia?
¿No será oferta de su altar extraña
Un zurrón pobre, un pastoril cayado?
Ansias, suspiros, lágrimas y ruegos
Para quien desconoce la ternura,
Es cual la luz con que se alumbró el ciego.
Que es tal la condicion de la hermosura,
Que el poco amor enciende más su fuego,
Y donde sobra amor falta ventura.

XVI.

La tenacidad.

Huyen los años; corre tras los míos
La edad veloz; caminan las tardanzas,
Entre consumidoras esperanzas
La mocedad gastando con desvíos.
Pierde la voluntad todos sus bríos

CANTINELAS.

I.

La apariencia.

Muestra un viento ligero
En calma el mar undoso,
Y luego tormentoso
Asusta al marinero.

Así de engañadora
Es mi bella pastora,
Cuando la vez primera
Miré sus ojos bellos,
Me prometieron ellos
Amor y fe sincera;
Pero este juramento
Se lo ha llevado el viento,
Amantes que mirando
Estais mi pena dura,
¿Probásteis por ventura
Lo que estoy yo pasando

Por esta engañadora
Dulcísima pastora?

II.

La tortolilla.

Estaba una tortolita
Sobre un álamo frondoso,
Con arrullo lastimoso,
Quejándose al sordo viento;
Una paloma sencilla,

A la continua accion de las mudanzas;
La tientan otra vez las confianzas,
Y otra vez vuelve á antiguos desvarios
Así se pasa el tiempo mal seguro,
Continuamente fabricando engaños,
Con que á todos promete un bien futuro:
Mas yo que sufro los terribles daños
De tan incierta vida, ¿qué procuro,
Si no sé aprovechar los desengaños?

XVII.

El abatimiento.

Se pone el sol, y entre la sombra oscura
La escasa luz del día se desmaya,
La negra mano de la noche raya,
Y con nubes el cielo desfigura.
Ya no diviso el pueblo allá en la altura;
El ciprés no distingo de la haya,
Sólo se escucha en la distante playa
Quebrar las olas en la peña dura.
La mano en la mejilla, miro al cielo,
Y lleno de mortal melancolía,
Lloran mis tristes ojos sin consuelo.
Sólo un alivio mi dolor tendría;
Que de esta noche eterno fuese el velo,
Y nunca más amaneciese el día.

XVIII.

El juramento quebrantado.

A Limano jurábale Filena
Guardar la fe que á su pasión debía,
«Antes la luz me falte», repetía,
Y sus promesas escribió en la arena.
El viento que la mueve y desordena
Poco á poco lo escrito deshacia,
Y al verlo la pastora, falsa y fria,
De su memoria lo borró sin pena.
Así la fe se guarda y asegura
En pecho femenino; ¿qué documento
Para quien cifra en ella su ventura,
Si aun la que ofrece amor con juramento,
Cuanto dice y escribe, y cuanto jura,
Es arena que mueve cualquier viento!

XIX.

Ejemplo de amor que nadie ha imitado.

Luego que se llevó la parca fiera
A Euridice preciosa al sueño eterno,
Tomó Orfeo el camino del infierno,
Y llega de Aqueronte á la ribera;
Allí la condicion dura y severa
Domó con canto compasivo y tierno,
Y el adusto barquero sempiterno
Por llevarlo á la opuesta se acelera.
A la gran playa del Cocito arriba,
Recorre el reino del eterno llanto,
Llega de Plutón á la presencia altiva.
Embelesa al Cerbero con su canto;
Logra le vuelvan á su esposa viva....
¿Qué casado despues hizo otro tanto?

Que con pena la escuchaba,
Cuál era, la preguntaba,
La causa de su tormento.
«¡Ay desdichada de mí!
Lloro mi esposo perdido,
Que despojo infausto ha sido
De un astuto cazador.
—Huye, infelice, de aquí.
¿No temes su suerte ingrata?
—No, porque si él no me mata
Me matará mi dolor.»

III.

El retrato.

Si en la Ródia Academia
Aprendistes el arte,
Pintor, pinta á Cinapria
Cual yo te la pintaré.
Muele en la lisa piedra
Colores á millares,
El clavel y la rosa,
El jazmin y el granate.
Pídele su madeja
A Febo rutilante,
Ensayá sus colores,
Que no serán bastantes.
Píntame de Corina
Los ojos negros, grandes,
Con el fuego que Vénus
Se presentaba á Marte;
Píntame de sus cejas
El ébano brillante,
Con gracia las divorcia,
Y en arcos las reparte;
Pinta unos labios rojos,
Donde las gracias salten,
Do los amores trisquen
Y los placeres hablen.
Muele, muele azucenas
Si el cuello has de pintarme,
El cuello, que sostiene
Todo el peso de Atlante.
Pinta.... mas no la pintes;
Déjala; no te canses,
Que está mejor grabada
En el alma su imagen.

IV.

La respuesta sencilla.

Hallábame yo un día
Con Tírsea en una sala,
Escribiendo unos versos
Mientras ella bordaba.
Estábamos por suerte
Espalda con espalda,
Y era fuerza por verla
Que volviese la cara;
Miré una vez, y otra,
Y ciento, y entre tantas,
Siempre á sus dulces ojos
Los míos se encontraban.
Mojaba yo mi pluma,
Mas ántes que formara
Una dición, tenía
Otra vez que mojarla.
Ella su fina aguja
Mil veces enhebraba,
Y al mirarme, del ojo
La seda se le escapa.
Díjome: «me parece
Que muy poco trabajas;
Pues tu labor, respondo
No va más avanzada.
—Es que yo quiero verte.
—Lo mismo á mí me pasa.
—Pues, ea, no me mires,

Toma un beso y trabaja.»
Diómele, y al momento
Volvímonos la espalda;
Pero al renglón primero
Torné amante á mirarla,
Y cuando yo creía
Que oficiosa bordaba,
Advierto que risueña
Mirándose se halla.
Díjela: «¿já qué me miras?
—¿Sabes por qué miraba?
Para reñirte al punto
Que volvieses la cara.
—No es ésa, dueño mio,
De mirarme la causa.
—¿Pues cuál es?—Que sin verse
No viven nuestras almas.»

V.

El interes y el amor.

La Cipria deidad un día
Que Cupido la enfadó,
Con una flor le azotó,
Y él llorando de ella huía.
El juró al Estigio lago,
Sobre su carcax valiente,
Renunciar eternamente
Al materno dulce halago.
De puerta en puerta, sin tino,
Mendigando el pobre andaba,
Y á cualquiera le rogaba
Aliviase su destino;
Todo el que le conocía
Se negaba á agasajarle,
Y en lugar de acariciarle,
Con desden le despedía.
Pues la experiencia no escasa
Tiene mil veces probado
Que siempre amor y soldado
Están bien fuera de casa.
Con la esperanza ya muerta
De hallar acogida alguna,
Llegó el Amor por fortuna
A una casa que halló abierta.
El dueño que la habitaba,
Viejo, seco y silencioso,
Con cara de lobo ansioso,
El interes se llamaba.
Nunca su tiempo perdía;
Pues si le hablaban atentos,
Más que no á los cumplimientos,
A su negocio atendía.
Este con afable modo
Al triste Amor acogió,
Un pacto con él formó,
Y le hizo dueño de todo.
Aceptó Amor el partido,
Y dió á su huésped humano
De oro el arco soberano
En muestras de agradecido.
El interes, que era diestro,
El arco apenas tomó,
Cuando en él se ejercitó,
Y en herir se hizo maestro.
Mostrando en pruebas despues
De su invencible valor,
Que á quien no hiere el amor
Sabe herir el interes.
El arco dirigía
Al Amor, con quien andaba,
Porque si Amor ciego estaba,
El desde lejos veía.
Por eso hicieron á fe
Liga tan indivisible,
Que en el día es imposible,
Que uno sin el otro esté....
Con su felice memoria,
Una anciana abuela mía,
Esta fábula decía,

ODAS.

I.

En los días de Tírsea.

Si en tus puros altares,
En honor de este día, Tírsea hermosa,
No humean á millares
Aromas de Pancaya prodigiosa;
Si en tu grata memoria,
Con votos mil y mil aclamaciones,
No ves para tu gloria,
Fundir estatuas, erigir padrones;
Si á los gratos ardores
Del oloroso cedro no van juntas,
Coronadas de flores,
Cien blancas reses de doradas puntas;
Y si despues no adviertes
Los carros, en el circo polvoroso
Sangrientas luchas fuertes,
Ni en la carrera al jóven animoso;
Es porque no dispensa
Avarienta fortuna á un bajo estado
De la distancia inmensa
Que va del cetro de oro al vil cayado.
En las verdes orillas
De estas pobres y rústicas cabañas
Hay sólo florecillas,
Tiernos juncos, groseras espadañas;
Estas chozas amenas
Sólo tienen pintados pajarillos,
Dulcísimas colmenas,
Pobres tarros, manchados corderillos;
Ecos desafinados
Por la rústica flauta producidos,
Versos enamorados
En los fáciles olmos esculpidos:
De una simple pastora
Son estos dones ventajosas prendas,
Mas de tí, mi señora,
Ni son ni deben ser dignas ofrendas.
Mas un alma que tengo,
¿De que me sirve si hoy no la cediera?
A ofrecértela vengo,
Admitela, mi Tírsea, que es sincera.
Tu nombre en ella veo
Mejor grabado que en el bronce duro;
Eterno templo sea,
Donde se libre del poder futuro.
Segura en él y ufana
Viva del tiempo y del destino ingrato;
Quémese el de Diana,
Que éste no teme enojos de Erostrato.
La torre puede hundirse,
Puede faltar firmísima columna,
Mas pues no ha de morirse,
Con el alma no lucha la fortuna.

II.

La memoria de Tirsa en la ausencia.

En este sitio delicioso y grato,
Donde respira libertad y gusto,
Donde el robusto labrador sencillo
Vive contento:
Donde el rebaño la naciente hierba
Despunta alegre en el variado monte,
Y el horizonte en desiguales cumbres
Mira risueño:
Aquí do calla la rastrera chusma
De aduladores del poder erguido,
Y está dormido el interés del oro
Que nos deslumbra:

Aquí do trisca la pastora alegre
Sobre la alfombra de pintadas flores,
Y sus amores inocente muestra
Sin sobresalto:

Donde unas veces á la sombra grata
Del viejo chopo ó la robusta encina,
La flauta fina melodiosa suena
Al aire vago:

O ya sacando del panal hoyoso
El dulce fruto de oficiosa abeja,
Contento deja con el tarro lleno
Afan prolijo:

O ya siguiendo el vagoroso vuelo
Del ave jonia, ó la veloz huida
Que por su vida codiciosa sigue
Timida liebre.

En este sitio, donde la natura
Gozosa muestra su poder fecundo
Y alegra el mundo, en desconsuelo yace
Miserio Albano:

A Tirsa llama, pero Tirsa léjos
Su voz no oye, su penar no mira;
Albano espira, y la pastora alegre
Quizá se goza:

Quizás el voto que al amor hiciera
Infel quebranta, y de la fe jurada
No queda nada que tras sí no lleve
El negro olvido.

Si así sucede en el feliz Eliseo,
Verás un día que mi sombra errante,
Siempre constante, desmentir no puede
Su juramento.

Contigo unida para siempre entónces,
En su contento perenal gozosa,
Mi sombra ansiosa no tendrá otro eco
Que amor á Tirsa.

III.

A la muerte de Licori.

¿De qué me sirve, primavera hermosa,
Que nueva vida á tus pensiles vuelvas,
Y a estas selvas llenas de frondosos
Alamos verdes?

¿De qué me sirve que por estos valles
Frescas rosas esparzas y violetas,
Tiernas mosquetas, azucenas blancas,
Cárdenos lirios?

¿De qué me sirve que por sus orillas
Vierta la fuente perlas orientales,
Y en sus cristales el divino Febo
Néctares beba?

¿De qué me sirve que por la campiña
Salte tocando tierno pastorcillo
El caramillo con que da á su Nive
Música alegre?

¿De qué me sirve que pintadas aves
A coros trinen al romper el alba,
Y en dulce salva llamen al radiante
Cándido Apolo?

¿De qué me sirve que mis corderillos
Corran jugando tras las madres blancas,
Y, sin carlancas, sueltos mis mastines
Júbilo muestren?

¿De qué me sirve cuanto al prado vuelves,

Si no me vuelves mi Licori amada,
Flor marchitada por la saña impia
De ábrego fiero?

¡Ay cara esposa, por mi mal difunta!
¡Ay dulce prenda, por mi mal perdida!
¡Preciosa vida!... ¡Cómo no me has dado
Trágica muerte?

¿Que viste en Tirsi, dime? ¿Qué delito
Pudo ofenderte? ¿Cómo le dejastes,
Y no llevastes tras de tí al cuitado
Su ánima triste?

Allá te has ido, á la region más pura,
Ausente y léjos de tu Tirsi amado,
Quien inundado de copioso llanto
Miserio muere.

¡Ay! Queda sola, en sempiterno olvido,
De estos cipreses lúgubres colgada,
Y destemplada, á los futuros siglos,
Cítara mia,

IV.

A la salud.

Vé, mezquina ambicion, llega á la cama
Del lánguido doliente,
Muéstrale todo el oro que la fama
Pondera en el Oriente.

Muéstrale del Brasil, muéstrale abiertas
Tus entrañas profundas,
Repítele los dones, las ofertas
En que falsa te fundas.

Azul zafiro, rígidos diamantes,
Granatas encendidas,
Y las perlas preciosas y brillantes
En sus conchas metidas.

Con alcatifas de Aquemenia (1) adorna
Su casa; de oro sea;
Derrama los primores con que se orna
El cuerno de Amaltea....

Monstruo insaciable, astuto, ¿qué me quieres?
Te dirá entre gemidos:
En nada estimo todos tus placeres,
Placeres corrompidos.

Sobre dura vigornia el día entero,
Con fuerte brazo erguido,
Es más dichoso el afanado herrero
Con el carbon teñido:

Atando el nauta la grosera amarra
Al fuerte cabrestante,
Es más feliz bogando por la barra
Con sereno semblante.

Sufre el desprecio, alegre, el vil forzado,
Si el cuerpo tiene ileso,
Aunque el descalzo pié nueva cansado
Del vergonzoso peso.

Embozado el mendigo en roto manto
Que el frío no resiste,
Contento va de puerta en puerta, en tanto
Que la salud le asiste.

Si yo la recobrára, surcaría
El mar osadamente,
Y despreciando riesgos, llegaría
Hasta el lejano Oriente:

Del desnudo salvaje no temiendo
Arcos, flechas, ni alfanjes,
Iria nuevos pueblos descubriendo
Del lado allá del Ganges.

Mi poderosa armada estremeciera
Las cóncavas entrañas,
Y cargada despues el mar las viera
De riquezas extrañas.

La casa de soberbio frontispicio,
Que labrara con ellas,
Donde se viese el pródigo artificio
De piedras las más bellas,

No fuera cual la vuestra, ¡oh ciega gente
De la virtud privada!
Un templo construyera solamente
A tí, salud amada.

(1) Así llaman á la Persia algunos poetas. (Nota del Colector.)

VI.

El placer inocente.

Inocente placer, contento puro,
Que en la union de dos almas interviene
¿Por qué no te detienes?
¿Por qué no he de gozarte yo seguro?

Mira que no es posible,
Si ya no se hace nueva,
Hallar un alma, si tus gustos prueba,
Más tierna que la mia, y más sensible.

Seducidos los débiles humanos
A mentidos placeres sacrifican,
Los unos se salpican
Con la caliente sangre duras manos;

Los otros apetezen
El pálido dinero;
Otros quieren mandar el mundo entero,
Pero ¡oh placer! ningunos te merecen.

Naturaleza dulce y halagüeña
Los mira y tuerce la asustada cara,
De placeres avara,
De sus funestos gustos se desdenea.

El horrendo estampido
Del cañon pavoroso,
Que dió á sus sienes el laurel glorioso,
Grato suenen, si quieren, en su oido;

Que al mio solamente oir le agrada
El quejido y arrullo enamorado
Del palomo pintado
Que en el caliente nido da á su amada;

O bien el tierno beso
Con que se saborea,
Los giros con que airoso se pasea
Para obligarla al amoroso exceso.

O ver bajar de la empinada sierra
Al torvo bruto de placer guiado
Hasta el valle esmaltado,
Buscando amante la cerril becerra;

El fuerte resoplido
De su nariz hinchada,
La erizada cerviz, la cola alzada,
El resonante y áspero bramido.

O ya cuando al nacer la hermosa aurora,
La codorniz en el ameno prado,
Ausente de su amado,
Con voz doliente le reclama y llora;

Y luego que la oyera
El consorte feliz,
Parece con su canto que la dice:
Aquí estoy; ya te he oido; voy, espera.

O en medio de la noche pavorosa,
Cuando del can la voz y el hombre calla,
Y Júpiter estalla
El rayo con su mano poderosa,

Oir la dulce queja
Que el amante apenado,
Sin que le asuste Júpiter airado,
Repíete asido de la amiga reja.

En próspero viaje confiada
Ligera nave el hondo mar hendiendo,
Va alegre prometiendo
A avaro mercaderes empresa osada.

Cruje luego furioso
En la atrevida entena
El aquilon, la troncha y desordena,
Y sepulta con ella al ambicioso.

Mancebo osado en polvorosa lucha
A su enemigo cife en duro lazo,
Y ya cansado el brazo,
La muerte sufre y la victoria escucha.

La clamorosa gente
Alza el grito furioso,
Y con un ramo de laurel odioso
Se adorna, necia, la eclipsada frente.

En mis serenos días no amanezca
Uno con esos gustos señalado....
Bárbaro sea llamado
Aquel que por su mal los apetezca;

Que las lascivas vides
Por los olmos subiendo,

V.

Al excelentísimo señor Conde del Montijo en los dias del rey don Fernando VII.

Las peñas descendieran
De las altas montañas desprendidas,
Y de Dauro las aguas conmovidas
A mi voz la corriente suspendieran,
Como lo pudo Orfeo,Si igualara mi canto á mi deseo.

Y el valor que de gloria
Y de peligros se mostró sediento,
Eterno hiciera con sonoro acento
En el dorado libro de la historia;
Y ninguno primero
Fuera que el inmortal Portocarrero.

A España pintaria
Llorosa y afligida en triste duelo,
Desaliñado y roto el negro velo
Con que su pena y su dolor cubria,
Y la hermosa garganta,
Tapete siendo de extranjera planta.

Y la trompa guerrera
A la orilla del Sena resonando;
Y cual se va juntando
De Mavorte crüel la turba fiera;
La pesada coraza
Que al sanguinoso Gale no embaraza;

El relincho fogoso
De normando impaciente; el alarido
De tanto jóven, por su mal salido
Del materno regazo cariñoso;
El águila enastada,
El duro bronce y la tajante espada.

Oye cómo rechina
El carro donde Marte va sentado,
De llamas y de muerte rodeado,
¡Ay, cuán aprisa, España, se avecinal
Y tú yaces sentada,
Y de tus mismos hijos engañada!

El alto Pirineo
Los mira y baja la elevada frente,
¡Ay, que ya pasa la rabiosa gente!
¿Cuánto de muertes y de penas veo!
¡Ay, orillas hermosas
Que el Bétis borda de amaranto y rosas!

Mas el jóven guerrero
Ya tiende á su socorro mano amiga;
Corre, vuela, persuade, ruega, obliga,
Y el ocio torpe sacudió ligero.
Eléctrica centella
Estalla, asusta, alumbrá, rompe, huella.

Y del ardid infando
Burlado deja el temerario empeño:
Lejano gime el soberano dueño,
Cuando él su libertad está trazando,
Y el Eterno movido,
Presta á su ardiente ruego grato oido....

Y luego fué enviado
Fernando al suelo que nacer le viera.
A aquellos que llenaron su carrera
Galardon vino y recompensa dando,
Y al excelso Montijo,
En mi nombre á Granada manda, dijo.

Y en el alto Veleta
Los soberanos ecos resonaron,
Los labios inocentes pronunciaron,
«Viva feliz quien nuestro bien decreta»,
Y lo goza Granada,
De sus virtudes siempre enamorada.

Y en el alegre día,
Al natal de su dueño consagrado,
Magnifico presenta y delicado
Lujo, que al Asia oscurecer podia:
El Egipto altanero
Cedió esta vez al gran Portocarrero.

Amor proclaman; y al amor siguiendo,
Quiero sus triunfos más que los de Alcides.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

LIBRA.

Las quejas á Tirsa.

Corazon lastimado,
¿Por qué lloras y tiembblas descontento?
¿Qué es lo que te ha pasado?
Cuéntame tu tormento,
¿Dónde estás corazon que no te siento?
En tu dolor injusto
Te quejas del amor de Tirsa bella,
Si es ella de tu gusto,
No lo eres tú del de ella;
Quéjate, no de Tirsa, de tu estrella.
Advierte la distancia
Que desde Albano á Tirsa puso el cielo;
Tú pagas la arrogancia
De tu atrevido vuelo
Con vivir condenado á eterno duelo.
Que amor no consintiera
Que la flecha mejor de sus arpones
Contigo se rompiera,
Cuando ella á sus prisiones
Puede llevar altivos corazones.
¿Suspiras y enmudeces?
¿Y tornas luego al lloro desabrido?
¿Presumes que enterneces
A un pecho endurecido?
¿Ay, pobre corazon, que te has perdido!
¿Qué vale la ternura?
¿Ni qué aprovecha amar como tú amas?
Helada Tirsa y dura
Se resiste á tus llamas,
Y se goza en el llanto que derramas.
¿No le diste mil veces
De amor pruebas sin tasa, y descreída,
Pagó con esquivaces
Tu pasión encendida?
Pues, corazon, olvida á quien te olvida.
¿Dice que sí, y lo jura!
Si Júpiter con rayos castigara
La débil criatura
Que la fe quebrantara,
Rayo ninguno á Júpiter quedara.
¿Ay, corazon cobarde,
Qué digno eres de tu dura suerte,
De ella hace Tirsa alarde,
Y sin compadecerte,
Con tu dolor se burla y se divierte.

III.

EPIGRAMA.

A una señorita tuerta, que acariciaba á un
niño también tuerto.

Un lucero le faltaba
De sus dos á Tirsa bella,
Y un niño á quien halagaba,
Tan precioso como ella,
Sin otro también estaba.
Corrigiérse el rigor
De la suerte, si él le diera

El que tiene, por favor;
Pues ella una Vénus fuera,
Y él un retrato de Amor.

IV.

EPIGRAMA Á COLASA.

¿Qué es esto que por mí pasa?
Yo siento el pecho oprimido;
Vaya, no hay duda, Colasa,
El amor se me ha metido
En el alma, y me la abrasa.

II.

Riesgos del matrimonio (1).

Falto de autoridad y experiencia,
Debo callar del conyugal estado
Los bienes y los males en conciencia.
El nudo de himeneo venerado,
Dulce parece al que en soltura vive,
Y yugo insoportable al que está atado.
Mas la razón al hombre lo prescribe,
Pues de la patria aumenta la riqueza,
Aunque atormenta á aquel que le recibe.
La ley del cielo y la naturaleza,
Allá en el paraíso, le enseñaron,
Y dióle al mundo, y le dará firmeza.
Por él los grandes reinos se formaron,
Por él los hombres en el hijo tierno
Sus hechos y su nombre eternizaron;
Pero decía un práctico moderno,
«Que entre estos pocos bienes hay mil males,
Y que media mujer es medio infierno;»
Decía que en los lazos conyugales,
Para darle tormentos al marido,
La necia y la discreta son iguales:
Que dos días enlace tan querido
Solos buenos tenía: el de la boda,
Y el que va la mujer al negro olvido;
Que ni rica ni pobre le acomoda,
Pues mengua con la pobre la riqueza,
Y la rica en la casa manda toda;
Que del marido aturde la cabeza
La que de sábia tiene la manía,
Y si es tonta, le muele su rudeza;
Si goza de salud y lozanía,
El tiempo pasa en zambra y devaneos,
Si es enferma, en quejarse noche y día;
Que la noble no sacia sus deseos,
Si no manda humillando á los criados,
Y le añade á su escudo estos trofeos;
Que hermosa y fea causan mil enfados,
La fea porque asusta su figura,
La hermosa con orgullo y desagradados.
Aman la moda, y siguen su locura,
Descando una cosa en cada hora,
Sin que su vanidad encuentre hartura.
Su gusto lo extranjero sólo adora,
La moda más costosa es la más nueva,
Y lo raro las llama y las devora.
Juego y frivolidad siempre se aprueba
Por la mujer; y el tiempo malgastando,
En gastar plata el gusto sólo ceba.»
Así el práctico duro iba formando,
Con sentimiento mio, y lengua amarga,
El elogio mordaz del sexo blando:
De otros vicios me dió noticia larga,
Por ver si me atraía á su partido,
Pero en vano su fuerza en mí descarga.
Yo estoy por las mujeres decidido;
Nunca del matrimonio fui contrario,
Así de él lo bueno he referido,
Y lo malo lo dijo mi adversario.

(1) Cuanto se dice es una invectiva contra la superficialidad que de ordinario caracteriza á las mujeres, la cual suele ser un obstáculo para que se aumenten los matrimonios, no siendo el ánimo del autor atacar tan respetable union. (Nota del Autor.)

NOTICIA BIOGRÁFICA.

¿En dónde habita el amor?
¡La inocente lo ignoraba!
El amor, Clóe, mantiene
Su brillante trono alzado
Sobre todo lo criado,
Que á su ley sujeto tiene:
Anima amor la natura
En el sol, rey de la esfera;
Brama en la mar altanera,

Y en el arroyo murmura:
Sobre el carro de la aurora
Abre las puertas del día,
Y arde ó muere á su porfía
El fuego que el cielo dora:
Su soplo en aquella flor
Vierte aroma delicioso,
Y aquel nardo primoroso,
De él recibe su color:

Bajo la humilde violeta
Tal vez se esconde y reposa,
Y versátil mariposa
Burla tu mano indiscreta;
Mas si se llega á fijar,
Y los disfraces desvia,
En tus ojos, Clóe mia,
En tus ojos le has de hallar.

VI.

LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS,
CONTRAIDA AL GLOBO TERRÁQUEO.

FANTASÍA.

(Traducción del italiano.)

Míralos. ¡Ay! los diques se rompieron
Do la piedad inmensa retenía
El mar horrible del divino enojo.....
De mil en mil las encendidas ondas,
En torrentes de fuego despeñadas,
Bajan rodando de una en otra esfera,
Hasta cubrir el humeante mundo
Que atónito contempla su fracaso.....
Ya arden los bosques; y al crujir horrendo
De los frondosos troncos, acompaña
El áspero rugido de las fieras.....
Se hienden, y se parten, y descubren
Los montes sus entrañas; y encendidos
Arrojan globos de betun y azufre;
Y derretidas sus robustas basas,
Con espantoso ruido se desplomán.....
Brama la mar; y en su ferviente espuma
Blanquean ya los abrasados huesos
De los monstruos que un día allí nadaron;
En fuego envuelta la ciudad perece,
Y en recios remolinos levantado,
Sube y se pierde el miserable polvo,
Ultimo resto de la especie humana.
Alzase en tanto de la tierra el humo,
Cual densa nube del impuro incienso
Que exhalaba el altar donde finaron
Las víctimas postreras de la ira.
La espada centellante del Dios fuerte
Blandiendo vuela, no sobre las alas,
Que ya sin fuerza mueve el frío Bóreas;
Sino en un encendido torbellino,

Que arrebatado en su veloz carrera,
Parece que llevar quiere la ruina
Hasta los otros mundos más lejanos.
La muerte y el pecado ya sin uso
Van á esconderse por la opuesta parte
A la negra prision de do salieron.
Ya de la eternidad al hondo seno
El tiempo vuelve; y en la corva espada
Lleva cargados los pasados siglos;
Y ya cubierta la invisible frente,
Taciturna y tremenda, hácia su hijo,
Del infinito círculo saliendo,
La Eternidad se acerca á recibirle;
Y al verse el tiempo en sus horrendos brazos,
Baja las alas, se estremece y muere.....
La señora inmortal por siempre huella
Al tiempo y la cadena de los siglos,
Y el abrasado mundo con su nombre
En la infinita oscuridad se pierde.
Mira de nuevo la terrible noche
Universal..... la inerte, la infecunda
Noche, que vuelve á recobrar su imperio,
Y á ocupar el vacío do fué el mundo.....
Las formas y la luz ya perecieron:
Todo es silencio..... oscuridad..... y todo
De la natura el panteon presenta.
Yo, reducido en el inmenso espacio
Por una eternidad á átomo leve,
Dividido del tiempo, nado errante
De tiniebla en tiniebla. ¡Ah! me figuro
Que de nuevo desórden impelido
A otra órbita hermosa soy llevado
De un mundo luminoso..... pero vuelvo
A caer otra vez en la alta noche
En donde aún suena aquella voz potente
Que en el principio despertó á la tierra
De su primera inercia; voz que al cabo
Entre espanto y horror hundió por siempre
La culpa, el hombre, el mundo con los siglos.

DON EUGENIO DE TAPIA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Ávila el 18 de Julio de 1776. Estudió teología y jurisprudencia, y reconociendo que carecía de vocacion para la carrera eclesiástica, se decidió por la carrera de la magistratura. En Londres, donde pasó año y medio siendo todavía mozo, aprendió la lengua inglesa; ventaja que aprovechó despues para dar ensanche á su educacion literaria. La invasion francesa en 1808, y las azarosas vicisitudes políticas de la nacion española en la primera mitad del presente siglo, fueron causa de que gran parte de la vida de TAPIA haya sido una serie de inquietudes y sinsabores.

Juntamente con Quintana, el esclarecido poeta, con el cual le unió constantemente la amistad más estrecha, redactó TAPIA en Madrid el célebre *Semanario patriótico*. Más adelante continuó redactando este periódico en Cádiz, adonde llegó el año de 1810, despues de haber residido